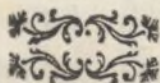


**TERTULIA**  
**DE LA ALDEA,**  
**Y MISCELANEA CURIOSA**  
**DE SUCESOS NOTABLES,**  
**AVENTURAS DIVERTIDAS, Y CHISTES**  
graciosos, para entretenerse las noches del In-  
vierno, y del Verano.

**PASATIEMPO IV.**

**QUE EN RESUMEN CONTIENE LA CELEBRE**  
*Historia, de San Clemente, sus Padres, y sus Hermanos, y los medios de que se valió la Divina Providencia para sacarlos de las tinieblas del Gentilismo, y traerlos á la luz de la verdad: es suceso muy raro, tierno, y maravilloso. Prosigue la de Don Quijote con la Batalla del Vizcaíno, en que fue herido el Caballero Manchego. A esta se siguió la paliza que les dieron los Tangueses, que los dejaron medio muertos. Retiranse á curar á la venta, y lo allí sucedido con Maritornes, el Quadrillero, y el Arriero, en que fueron segunda vez maltratados. Cuento del Secretario tuerto, romo, y contrabecho, que decia representaba al Rey. Cuento de un Medico importuno. Dicho agudo de un loco en Sevilla, y otros.*

**TOMO PRIMERO.**



**CON LICENCIA.**

**MADRID:** En la Imprenta de D. Manuel Martin: calle de la Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año de 1775.



TER TULIA

DE LA ALDEA

Y MISCELANEA CURIOSA

DE SUCECOS NOTABLES

AVENTURAS DIVERSTIDAS, Y CHISTES

graciosos, para entretenerse las noches del In-

vierno, y del Verano.

PASATIEMPO IV.

QUE EN RESUMEN CONTIENE A LA CERRERÍA  
Historia de San Clemente, del Pabellón, y sus Hermanos,  
los mejores de que se valió la Divina Providencia para salvar  
de las tinieblas del Gnosticismo, y traerlos a la luz de la ver-  
dad: es sacado muy raro, tierno, y maravilloso. Prácticamente  
de Don Quijote con la Batalla del Yncarnado, es que los dos  
de el Capellero de Madrid. A esta se sigue la batalla que los  
dieron los franceses, que los dejaron mucho muertos. Finalmente  
a contar la guerra, y lo allí sucedido con el mismo. El Qu-  
chillero, y el Chivito, en que se venon segund la costumbre  
Cuanto del Secretario de este tomo, y como se ha de hacer  
presentado al Rey. Cuanto de un Médico importante. Dices que  
no de un loco en Sevilla, y otros.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martín: calle de la  
Cruz, donde se hallan esta, y otras diferentes. Año de 1775.





CON el cebo de la buena diversion procuraban los Tertulios despachar luego con las labores de campo, y las mugeres dejar todas las cosas de sus casas prevenidas, y dispuestas, para estar sin cuidado alguno en la Tertulia; y asi, todos estaban prontos á la hora acostumbrada en la casa del tio Anton Terrones. Acomodados, pues, yá todos al rededor de la fogata, dijo Mauro Pellejero: No será bueno, señores, que se lea esta noche alguna de las Historias que yo traje á ustedes de Madrid? Pues yo confieso haver leído algunas á mi solas en casa, y por cierto, que me gustan, y me aficionan cada vez mas, por los lances tan raros, divertidos, y curiosos que traen; y lo que mas es, por el fruto que de su lectura podemos sacar para nuestras almas; pues verdaderamente, no hay ninguna que no vacie buena, y especial doctrina. Todos á una voz dijeron, que era buen pensamiento, y que desde luego se

determinase la que se debía leer.

El Escribano dijo: En verdad, señores, que si he de decir lo que siento, todas son iguales á mi modo de discurrir, en que no admite determinacion alguna. Esta tarde me he divertido en leer la de San Clemente, donde refiriendo primeramente la prosapia, y linage de San Clemente, pasa á contar la persecucion que tuvo su madre Mathidiana de Germano: permission de Dios, para demostrarnos su alta, y soberana Providencia, á fin de sacarla á ella, sus hijos, y marido del error de la Idolatría. Cuenta asimismo la embarcacion que hizo con sus dos hijos, Fausto, y Faustino, y como naufragaron en el mar, y ella fue arrojada á una Isla, y sus hijos llevados del mar, mas recogidos por unos pyratas, que los vendieron cautivos. Mathidiana, viendose sola, se despedaza sus manos, y brazos de sentimiento, y es recogida de una pobre viuda, que la mantiene miseramente.

A 2

Los



Los dos hijos son comprados por una Matrona, llamada Justina, y los cria, y dá estudios. Hacense discipulos de Simon Mago, y se apartan de este luego que vieron los milagros que hacia San Pedro, y que havia precipitado al malvado Simon. Hacense sus discipulos; y Justina los muda el nombre en Aquila, y Niceta. Faustino su padre vive muy desasosegado por no saber de su muger, y sus hijos. Deja en Roma á su hijo menor Clemente, y se embarca á buscarlos. Padece naufragio, y es arrojado á otra Isla, donde vive padeciendo mucha miseria. Hacesse Clemente discipulo de San Bartholomé, y este le envia á San Pedro. Camina con él á Roma, y encuentra en la Isla á su madre Mathidiana, y al mismo tiempo se reconocen los tres hermanos, habiendo andado juntos bastante tiempo en compañía del Apostol sin conocerse. Prosiguen su camino, y en otra Isla encuentran á su padre, que no conocen; y despues es descubierto por San Pedro. Conoce tambien este á su esposa, que la llevaba el Santo consi-

go. Sucesos tiernos que en todos estos encuentros acontecieron, y tan maravillosos, como dispuestos por permission divina. Es San Clemente hecho Pontifice: su muerte, y martyrio, y un caso prodigioso, que acontece con su sepulcro.

Todo esto contiene esta maravillosa Historia, señores míos, en que no dudo tendrémos un buen rato: y en suposicion, que ello ha de ser, empecemos quanto antes, para que si nos sobra tiempo, concluyamos con la aventura pasada de Don Quijote, y asimismo contemos algunos chistes, para finalizar con alegría, y festejo nuestra diversion. Empezó el Escribano á leer la sagrada Historia de San Clemente, que enterneció tanto á los oyentes, que todo era un puro llanto, y ternura, y hasta el lector muchas veces no podia proseguir, impidiendoselo las lagrimas. Ello, en fin, se concluyó, y toda aquella ternura se bolvió en risa por los disparates de Don Quijote.

Vimos, como Don Quijote, habiendo concluido con la aven-



aventura de los dos Monges Benitos, se vino luego á saludar á la alta Princesa, que él juzgaba venia en el coche, con la qual, haciendose todo él una jaléa, la expresaba el valor de su brazo en haverla librado de los dos Encantadores, que la llevaban robada. Todo esto escuchaba un Escudero de los que el coche acompañaban, que era Vizcaíno, el qual viendo, que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia, que luego havia de ir, y dar la buelta al Toboso á dar gracias, y presentarse á Doña Dulcinéa, se fue para Don Quijote, y asiendole de la lanza, le dijo en mala Lengua Castellana, y peor Vizcaína de esta manera: *Anda, Caballero, que mal andas, por el Dios que crióme, que si no dejas coche, asi te matas, como estás ahí, Vizcaíno.* Entendióle muy bien D. Quijote, y con mucho sosiego le replicó: Si fueras Caballero, como no lo eres, yá yo hubiera castigado tu sandéz, y atrevimiento, cautiva criatura. A lo qual respondió el Vizcaíno: *Yo no Caballero? Juro á Dios tan mientes, como Chris-*

*tiano. Si lanza arrojas, y espada sacas, el agua quan presto verás, que al gato llevas: Vizcaíno por tierra: Hidalgo por mar: bidalgo por el diablo, y mientes, que mira, si otra dices cosa.*

Ahoralo veredes, dijo Agra-  
jes, respondió Don Quijote, y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, embrazó su rodela, y arremetió al Vizcaíno, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apear-se de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no havia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa, sino sacar su espada: pero avinole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo; porque decia el Vizcaíno en sus mal trabadas palabras, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo havia de matar á su ama, y á toda la gente que se lo estorvase.

Fuese para Don Quijote el  
Viz-



Vizcaíno, y dióle tan gran cuchillada á Don Quijote, que á no bolversele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á todas las aventuras de nuestro Caballero: mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño, que desarmarle todo aquel lado, llevandole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruína vino al suelo, dejandole muy mal trecho. Valame Dios, y quién será aquel, que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro Manchego, viendose parar de aquella manera? Alzóse de nuevo en los estrivos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcaíno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeza, que comenzó á echar sangre de las narices por la boca, y los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abajo.

Cayera sin duda si no se

abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estrivos, y luego soltó los brazos, y cayó en tierra. Estabasele con mucho sosiego mirando Don Quijote, y como le vió caer, saltó de su caballo, y con mucha lijereza se llegó á él, y poniendole la punta de la espada en los ojos, le dijo, que se rindiese, si no que le cortaría la cabeza. Estaba el Vizcaíno tan turbado, que no podia responder palabra; y él lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche no le pidiesen con mucho encarecimiento le perdonase la vida á aquel Escudero. A lo qual Don Quijote respondió con mucho entono, y gravedad: Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís: mas ha de ser con una condicion, y es, que este Caballero ha de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que mas fuere de su voluntad. La buena señora le prometió haria aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en



en fe de esa palabra, dijo Don Quijote, yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenía bien merecido: y sin despedirse, ni decir mas, marchó el Caballero Andante á toda prisa con su Escudero Sancho Panza, que yá havia buuelto en sí de los golpes de los mozos.

Entróse por un bosque, que alli estaba inmediato, y Sancho le dijo: Pareceme, señor, que sería acertado irnos á retraher á alguna Iglesia, que segun quedó mal trecho el Vizcaíno, no será mucho, que den noticia del caso á la Santa Hermandad, y nos prendan. Calla, dijo Don Quijote; y dónde has visto tu, ó leído jamás, que Caballero Andante haya sido puesto ante la Justicia, por muchos homicidios que huviese cometido? Yo no sé nada de homecillos, respondió Sancho; pero sé, que la Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los Caldéos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dí-

me por tu vida, has visto tu mas valeroso Caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? Has leído en Historia otro, que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en perseverar, y mas destreza en herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, que yo no he leído, dijo Sancho, ninguna Historia jamás, porque ni sé leer, ni escribir mas lo que osaré apostar es, que mas atrevido amo que Vm. yo no le he servido en todos los dias de mi vida; y quiera Dios, que estos atrevimientos no se paguen en una carcel. Lo que ruego á Vm. es, que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aqui traigo hilas, y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien escusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordára de hacer una redoma del balsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorráran tiempo, y medicinas.

Dijo Sancho Panza, qué redoma, y qué balsamo es ese? Es un balsamo, respondió D. Quijote, de quien tengo la re-



receta en la memoria, con el qual no hay que temer á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y así, quando yo le haga, y te le dé, no tienes mas que hacer, sino, que quando vieres, que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas veces suele acontecer) coge bonitamente la parte del cuerpo que huviere caído en el suelo, y con mucha sutileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajarlo igualmente, y al justo. Luego me darás á beber solos dos tragos del bálamo, y verás quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aqui el Gobierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos, y buenos servicios; pues con esta receta espero ganar mucho. Calla amigo, respondió Don Quijote, que mayores secretos espero enseñarte, y mayores mercedes hacerte; y por ahora curemonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera.

Curóse Don Quijote, y tomó algun mantenimiento, y entretanto pasaron muchas cosas buenas, y célebres conversaciones entre los dos. Aquella noche la pasaron en el rancho de unos cabreros, y al dia siguiente se metieron mas el bosque adentro, y vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerva, donde hicieron siesta. Dejaron á Rocinante, y al jumento sueltos, paciendole en aquellos prados. Andaban por ellos paciendole unas hacas de unos Arrieros Yangueses. Aconteció, pues, que á Rocinante le vino deseo de refocilarse con las señoras facas: acometiolas; mas ellas, que parecia tenian mas gana de pacer, que de él, le recibieron con las herraduras, y con los dientes, de manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota. Al ver el alboroto de sus yeguas los Arrieros, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo.

Acudió Don Quijote, y Sancho al estrago que hacian con Rocinante, y dijo Don Qui-



Quijote á Sancho: A lo que yo veo, amigo, estos no son Caballeros, sino gente soéz: digolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. Qué diablitos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá no somos sino uno y medio? Yo valgo por ciento, dijo D. Quijote, y sin hacer mas discursos, echó mano á su espada, y arremetió á los Yangueses, y lo mismo hizo Sancho, incitado del ejemplo de su amo; y á las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero con gran parte de la espalda. Los Yangueses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas; y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos infinidad de palos. Cayó luego Sancho, y no tardó mucho Don Quijote á hacer lo mismo. Viendo, pues, los Yangueses el mal re-

Tom. I.

cado que havian hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su requa, y siguieron su camino, dejando á los dos Aventureros de mala traza, y peor talante.

El primero que se resintió fue Sancho Panza; y hallandose junto á su señor, con voz enferma, y lastimosa, dijo: Señor Don Quijote! Ha señor Don Quijote! Qué quieres, Sancho hermano? respondió Don Quijote con el mismo tono afeminado, y doliente. Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que Vm. me diese dos tragos de aquella bebida del seo Blas, si es que la tiene Vm. ahí á la mano, que quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las heridas. Pues á tenerlo yo aqui, desgraciado yo, qué nos faltaba? Respondió Don Quijote. Mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de Caballero Andante, que antes que pasen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder. Pues en cuánto le parece á Vm. que podremos mover los pies? re-

B

pli-



plicó Sancho Panza. De mí sé decir, dijo el molido Don Quijote, que no sabré poner termino á esos dias: mas yo me tengo la culpa de todo, que no havia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados Caballeros como yo. Y así creo, que en pena de haver pasado las leyes de la Caballería, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diese este castigo: por lo qual, hermano Sancho, conviene estés advertido, que importa mucho á la salud de entrambos, que quando veas, que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera; sino pon tú mano á tu espada, y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda, y defensa acudieren Caballeros, yo te sabré defender con el imponderable valor de mi brazo.

A esto respondió Sancho: Yo soy hombre pacifico, manso, sosegado, y sé disimular qualquiera injuria, porque tengo muger, é hijos que sustentar; y así sepa Vm. que en

ninguna manera pondré mano á la espada, ni contra Villano, ni contra Caballero; y que desde aqui para delante de Dios perdono quantos agravios me han hecho, y han de hacer, ahora me los haya hecho, o haga, ó haya de hacer persona alta, ó baja, rico, ó pobre, hidalga, ó pechero. Lo qual oído por Don Quijote le respondió: Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacára tanto quanto, para darte á entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se buelve, llevandonos las velas del deseo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Insulas que te tengo prometida, qué sería de tí, si ganandola yo, te hiciese Señor de ella; pues lo vendrás á imposibilitar por no ser Caballero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu Señorío? Porque has de saber, que



que en los Reynos, y Provincias, nuevamente conquistados, siempre quedan algunas alteraciones entre los mal contentos, y es preciso, que el nuevo Gobernador tenga valor, y entendimiento para gobernar, y defenderse.

Respondió prontamente Sancho: En esto que ahora nos ha acontecido quisiera yo tener ese valor, y entendimiento; mas yo le juro á fé de pobre hombre, que mas estoy para vizmas, que para pláticas. Mire Vm. si se puede levantar, y ayudemos á Rocinante, que no lo merece; pues él fue la causa principal de todo este nuestro molimiento. Jamás tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta, y tan pacífica como yo: en fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo, para venir á conocer las personas. Quién dijera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como Vm. dió á aquel desdichado Andante, havia de venir por la posta, y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nues-

tras espaldas? Amigo Panza, replicó D. Quijote, has de saber, que todas estas inco-  
nidades son muy anexas al ejercicio de las armas. A esto dijo Sancho: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la Caballería, dígame Vm. si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados; porque me parece á mí, que á dos cosechas quedarémos inútiles para la tercera. Sabete, amigo Sancho, dijo Don Quijote, que la vida de los Caballeros Andantes está sujeta á mil peligros, y desventuras: y ni mas ni menos está en potencia propinqua de ser los Caballeros Andantes Reyes, y Emperadores, como te lo pudiera demostrar por las Historias, que han llegado muchos de estos á tan altos grados, si ahora el dolor me diera lugar. Y hagote saber, Sancho, que aunque quedamos de esta pendencia molidos, no quedamos afrentados porque nos diesen aquellos hombres con sus estacas, por ser armas propias de aquellos rusticos, y á mi entender, no traían esto-  
que, espada, ni puñal. En



verdad, señor, que á mi no me dieron lugar á reparar si traían puñal, espada, ó estoque: lo que sé es, que apenas eché mano á mi tizona, quando me santiguaron los hombros con sus pinos: y no me da pena, si fue afrenta, ó no, lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

Dejate de eso Sancho, y saca fuerzas de flaqueza, dijo Don Quijote, que así haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte de esta desgracia. No hay de que maravillarse de eso, respondió Sancho, siendo él también Caballero Andante. De lo que me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre, y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la aventura una puerta abierta en las desdichas, dijo D. Quijote, para dar remedio á ellas. Digolo, porque esta bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevandome á

mí desde á aquí algun Castillo, donde sea curado de mis heridas; y mas, que no tendré á deshonra la tal caballería; porque me acuerdo haver leído, que aquel buen viejo Sileno, Ayo, y Pedagogo del alegre Dios de la Risa, quando entró en la Ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será, que él debia de ir caballero como Vm. dice, respondió Sancho: pero hay grande diferencia de él ir caballero, al ir, como Vm. va, atravesado como costal de basura. En fin, acomodó como pudo Sancho á Don Quijote sobre el asno, llevando de reata á Rocinante, y salieron al camino real, desde donde descubrieron una Venta, que á pesar suyo, y gusto de Don Quijote, havia de ser Castillo. Porfiaba Sancho, que era Venta, y su amo, que era Castillo, y con esta porfia llegaron á ella, en la qual Sancho se entró, sin mas averiguacion, con toda su requa.

El Ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho, qué mal traía?



traía? Sancho le respondió, que no era nada, sino que havia dado una caída de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el Ventero por muger una naturalmente caritativa; y así, acudió luego con una hija que tenia, y una criada Asturiana, llamada Maritornes, fea por extremo, pues era roma, tuerta, y abominable, á curar à D. Quijote. Pusieronle una mala cama en un camaranchon, que havia servido de pajar. Empezaron la Ventera, y su hija à emplastar á Don Quijote de arriba abajo, alumbrando Maritornes. Y como al vizmarle viese la Ventera tan acardenalado aparte à D. Quijote, dijo: Que aquello mas parecian golpes, que caída. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos nudos, picos, y tropiezos, y que cada uno havia hecho su cardenal. Y tambien la dijo: Haga Vm. señora, de manera, que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen à mí un poco los lomos. De esa manera tam-

bien debisteis vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele à mí el cuerpo, que me parece me han dado mil palos. Bien podrá ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar, que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y quando despertaba del sueño hallarme tan molida como si verdaderamente huviera caído. Ahí està el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo, sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con no pocos menos cardenales que mi señor Don Quijote.

Cómo se llama este Caballero? preguntó la Asturiana Maritornes. Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es Caballero Aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. Qué es Caballero Aventurero? replicó la moza. Tan nuevos sois en el mundo, que no lo sabeis vos? respondió Sancho Pan-



Panza. Pues sabed, hermana mia, que Caballero Aventurero es una cosa, que en dos palabras se ve apaleado, y Emperador. Hoy està la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa; y mañana tendrá dos, ó tres Coronas de Reynos que dar à su Escudero. Pues cómo vos, siendolo de este tan buen señor, dijo la Ventera, no teneis, à lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea; y tal vez hay, que se busca una cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi amo Don Quijote sana de esta herida, ó caída, y yo no quedo contraecho de ella, no trocaría mis esperanzas por el mejor Título de España. Todo lo estaba oyendo D. Quijote con grande complacencia suya; y habiendole yà curado, curó tambien la Asturiana Maritornes à Sancho, que no menos lo havia menester que su amo.

Havia un Arriero concurrendo

do à la Venta aquella noche, y concertadose con Maritornes, la que le prometió, que sosegados los huespedes, y dormidos sus amos, le iria á buscar à su lecho, el qual havia formado el Arriero un poco mas allà del de Don Quijote, y Sancho, de las mantas de sus mulos. Yà estaban todos recogidos, y el Arriero esperando à su Maritornes. Don Quijote, con el dolor de sus costillas, no podia dormir: veniansele à la imaginacion muchos sucesos que havia leído en sus libros, autores de su locura: vinosele una, la mas estraña que imaginar se puede; y fue que él se persuadió haver llegado à un famoso Castillo, y que la hija del Ventero lo era del señor del Castillo, la qual, vencida de su gentileza, se havia enamorado de él, y prometido, que aquella noche, à hurto de sus padres, vendria à yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera (que él se havia fabricado por firme, se comenzó à cuitar, y à pensar en el peligroso trance en que su honestidad se havia de ver; y propuso en su cora-

zon



zon de no cometer alevosía á su señora Dulcinéa del Toboso, aunque la misma Reyna Ginebra, con su Dama Quintañona, se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó la hora, que para él fue menguada, de la venida de la Asturiana, la qual en camisa, y descalza, cogidos los cabellos en una alvanega de fustan, con táticos, y atentados pasos entró en el aposento, donde los tres se alojaban, en busca del Arriero: pero apenas llegó à la puerta, quando Don Quijote la sintió; y sentandose en la cama, à pesar de sus vizmas, y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir à su famosa doncella, la Asturiana, que toda recogida, y callando, iba con las manos delante buscando à su querido. Topó con los brazos de Don Quijote, el qual la asió fuertemente de una muñeca; y tirandola àcia sí (sin que ella osase hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentóla luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, à él le pare-

15  
ció ser de finísimo, y delgado cendal: traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero à él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban à crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo Sol obscurecia: y el aliento, que sin duda alguna olía à ensalada fiambre, y trasnochada, à él le pareció, que arrojaba de su boca un olor suave, y aromatico. En fin, era tanta la ceguedad del pobre Hidalgo, que ni el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las quales pudiesen hacer vomitar à otro que no fuera Arriero: antes le parecía, que tenia entre sus brazos à la Diosa de la Hermosura.

Teniendola bien asida, con voz amorosa, y baja la comenzó à decir: Quisiera hallarme en terminos, hermosa, y alta señora, de poder pagar tanta merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me haveis fecho;

pea



pero ha querido la fortuna ( que no se cansa de perseguir à los buenos ) ponerme en este lecho, donde yago tan molido, y quebrantado , que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer à la vuestra , fuera imposible; y mas que se añade à esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fé que tengo dada à la sin par Dulcinea del Toboso, unica señora de mis mas escondidos pensamientos : que si esto no huviera de por medio, no fuera yo tan sandio Caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadísima, y trasudando de verse tan asida de Don Quijote; y sin entender, ni estar atenta à las razones que le decia, procuraba, sin hablar, palabra, desasirse.

El bueno del Arriero, à quien tenian dispierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coyma por la puerta, la sintió, y percibió por un poco de reflejo de la luz que havia en el portal de la Venta. Estuvo atento escuchando

todo lo que Don Quijoto decia; y zeloso de que la Asturiana le huviese faltado à la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de Don Quijote, y estuvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender : pero como vió, que la moza forcejeaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciendole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas de Don Quijote, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies, mas que de trote, se las paseó todas de cabo à cabo. El lecho, que era un poco endeble, y no de firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del Arriero, dió consigo en el suelo, à cuyo gran ruido despertó el Ventero, y luego imaginó, que debian de ser penden-  
cias de Maritornes, porque haviendola llamado à voces, no respondia.

Con esta sospecha, se levantó; y encendiendo un candil,



dil se fue àcia donde havia sentido la pelea. La moza, viendo, que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosa, y alborotada, se acogió à la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y alli se acorruco, y se hizo un ovillo. El Ventero entró diciendo: Adónde estás? à buen seguro, que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó, que tenia la pesadilla, y comenzó à dar puñadas à una, y otra parte, y entre ellas alcanzó con no sé que quantas à Maritornes, la qual, sentida del dolor, echando à rodar la honestidad, dió el retorno à Sancho con tantas, que à su despecho le quitó el sueño, el qual, viendose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alzandose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos las mas reñida, y graciosa escaramuza del mundo.

Viendo, pues, el Arriero à la lumbre del candil del Ventero qual andaba su Dama, dejando à Don Quijote, acú-

Tom. I.

dió à darla el socorro necesario: lo mismo hizo el Ventero; pero con intencion diferente, porque fue à castigar à la moza, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia; y asi como suele decirse: El Gato al Rato, el Rato à la Cuerda, y la Cuerda al Palo, daba el Arriero à Sancho, Sancho à la Moza, la Moza à él, el Ventero à la Moza, y todos menudeaban con tanta prisa, que no se daban punto de reposo: y fue lo bueno, que al Ventero se le apagó el candil, como quedaron à obscuras, dabanse tan sin compasion todos à bulto, que à do quiera que ponian la mano, no dejaban cosa sana. Alojabase acaso aquella noche en la Venta un Quadrillero, de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el qual, oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara, y de la caja de la lata de sus Titulos, y entró à obscuras en el aposento, diciendo: Tenganse à la Justicia, y tenganse à la Santa Hermandad; y el primero con

C

quien



quien topó fue con el apuñeado de D. Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno; y echándole à tiento mano à las barbas, no cesaba de decir: Favor à la Justicia: pero viendo, que el que tenia asido no se rebullia, ni meneaba, se dió à entender, que estaba muerto, y que los que alli dentro estaban eran los matadores, y con esta sospecha reforzó la voz, diciendo: Cierrese la puerta de la Venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui à un hombre. Esta voz sobresaltó à todos, y cada qual dejó la pendencia en el grado, que le tomó la voz. Retiróse el Ventero à su aposento, el Arriero à sus enjamas; la moza à su rancho: solo los desventurados Don Quijote, y Sancho no se pudieron mover de donde estaban:

Soltó en esto el Quadrillero la barba de D. Quijote, y salió à buscar luz para buscar, y prender los delinquentes; mas no la halló, porque el Ventero de industria havia muerto la lámpara que estaba en el portal quando se retiró à su estan-

cia, y fuele forzoso acudir à la chimenea, donde con mucho trabajo, y tiempo, encendió el Quadrillero otro candil. Havia yá buuelto en este tiempo de su parasismo Don Quijote, y empezó à llamar à Sancho con el mismo tono de voz que quando las estacas. Deciale: Sancho amigo, duermes? Qué tengo de dormir, pese à mí, respondió Sancho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puedeslo creer asi sin duda, respondió D. Quijote; porque, ó yo sé poco, ó este Castillo es encantado. No obstante, Sancho, havrás de saber, que poco ha que vino à mí la hija del señor de este Castillo, que es la mas apuesta, y ferosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. Qué te podia decir del adorno de su persona? Qué de su gallardo entendimiento? Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fé que debo à mi señora Dulcinéa del Toboso, dejaré pasar intactas, y en silencio. Solo te quiero decir, que envidioso el Cielo de tanto bien,



como la ventura me havia puesto en las manos, ó quizá, (y esto es lo mas cierto) que, como tengo dicho es encantado este Castillo; al tiempo que yo estaba con ella en dulcissimos, y amorosissimos coloquios, sin que yo la viese, ni supiese por donde venia, vino una mano pegada à algun brazo de algun descomunal Gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer quando los Arrieros, que por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura de esta doncella le debe de guardar algun encantado Moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho; porque de mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fue tortas, y pan pintado.

Pero dígame, señor, cómo llama à esta buena, y rara aventura, habiendo quedado de ella qual quedamos? Aun

Vm. menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho. Pero yo qué tuve, sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mí, y de la madre que me parió, que ni soy Caballero Andante, ni lo pienso ser jamás, y de todas las malas andanzas siempre me cabe la mayor parte! Luego tambien estás tu aporreado? Pese à mi linage, dijo Sancho. No tengas pena, amigo, dijo D. Quijote, que yo haré ahora el balsemo precioso, con que sanaremos en un abrir, y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el Quadrilero, y entró à ver al que pensaba que era muerto, y asi como le vió entrar Sancho, viendole venir en camisa, y con su paño de cabeza, candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó à su amo: Señor, si será este à dicha el Moro encantado, que nos buelve à castigar si se dejó algo en el tintero? No puede ser el Moro encantado, respondió Don Quijote; porque los encantados no se dejan



ver de nadie. Si no se dejan ver dejanse sentir, dijo Sancho, si no diganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió D. Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer, que este que se ve sea el encantado Moro.

Llegó el Quadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso: bien es verdad, que aun Don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear de puro molido, y emplastado. Llegóse á él el Quadrillero, y dijole: Pues cómo va buen hombre? Hablára yo mas bien arriado, respondió Don Quijote, si fuera que vos. Usase en esta tierra hablar de esa suerte á los Caballeros Andantes, majadero? El Quadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con toda su aceyte, dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte, que le dejó muy bien descalabrado: y como todo quedó á obscuras, salióse luego. Y Sancho Panza dijo: Sin duda, señor, que este es el Moro encanta-

do, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas, y los condilazos. Así es, respondió Don Quijote, y no hay que hacer caso de estas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar colera, ni enojo con ellas, que como son invisibles, y fantasticas, no hallaremos de quien vengarnos, aunque mas lo procurémos.

Levantate, dijo Don Quijote á Sancho, si puedes, y llámame al Alcayde de esta Fortaleza, y procura, que se me dé un poco de aceyte, vino, sal, y romero, para hacer el salutífero balsamo, que en verdad, que creo, que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la ferida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos: fue á obscuras donde estaba el Ventero; y encontrandose con el Quadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: Señor, quien quiera que seais, hacednos merced, y beneficio de darnos un poco de romero, aceyte, sal, y vino, que es menester



ter para curar uno de los mejores Caballeros Andantes que hay en la tierra, el qual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado Moro que está en esta Venta. Quando el Quadrillero tal oyó, tuvo por hombre falto de seso; y porque yá comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la Venta, y llamando al Ventero, le dijo lo que aquel buen hombre queria. El Ventero le proveyó de quanto quiso, y Sancho se lo llevó á D. Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejandose del dolor del candilazo, que no le havia hecho mas mal, que levantarle dos chichones algo crecidos: y lo que él pensaba, que era sangre, no era sino sudor, que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

Hasta aqui se habló de Don Quijote, que verdaderamente mas fue reír que hablar; porque, como los disparates del loco Caballero Andante eran tan raros, y tan fuera de razon, excitaban á cada paso la risa entre todos los que oían; y fue preciso mandar á las mugeres callar, que unas con

otras se referian las aventuras con muchisimas de las risotadas, y alborotaban con sus gritos, y alborozos todo el Cortijo. Vamos callando, dijo el tio Bermejo, y oigan un chistecillo muy gracioso, que no hará menos reír, que las locuras de Don Quijote.

Envió una Audiencia á un Secretario á notificar á los naturales, y Justicias de una Aldea un Auto sobre ciertos pleytos que havian tenido con otra Aldea. Era el Secretario hombre muy feo, pues era tuerto, roño, y contrahecho. Al tiempo de notificarles el Auto en público Concejo empezaron á disputar con él los del Lugar sobre el hecho: desmandáronse estos con él alguna cosa, y él, furioso, y enfadado les dijo: *Pudieran Vms. tener mas miramiento en el trato que se me hace, pues no ignoran, que represento al Rey. Uno de los Concejiles, sobresaltado, respondió pronto, é intrépido: Miente, voto á Christo, que mi Rey y Señor es muy hermoso, porque tiene unos ojos como esbrystales, unas narices muy grandes, y agraciadas, y un*

*cuerpo*



*cuerpo mas gallardo, y derecho que un uso: y Vm. es tuerto, es romo, y corcobado, y de ninguna manera representa, ni se parece á mi Señor, y á mi Rey.* El buen Secretario se amostazó, y sonrojó de manera, que sin hablar mas palabra se salió del Concejo: fuese á la posada, montó á caballo, y se bolvió sin haver hecho cosa alguna. Dió parte á los Señores de la Audiencia del mal tratamiento que le havian hecho; y luego se dió Auto, que apareciesen los Alcaldes, y el que havia motejado al Secretario. Hizosele cargo á este del hecho, segun lo havia relatado el referido Escribano, y respondió: Señores, el Lugar, Alcaldes, y Regidores están siempre prontos á obedecer, como en efecto obedecen, los ordenes de Useñorías; pero no están obligados á obedecer, ni dejar pasar engaños, y ficciones en deshonor de nuestro Principe y Señor. El Ministro que Useñorías nos han enviado tuvo el atrevimiento de decir en nuestro público Concejo, que representaba á nuestro Rey y

Monarca, siendo asi, que él es tuerto, romo, y corcobado; mas rechazósele la semejanza, y agravio hecho á la Magestad, con decirle: *Se reportase en lo que decia, que no era él digno, siendo tan feo, y contrahecho, á semejarse á un Principe tan hermoso, tan gallardo, y bien dispuesto como el Rey que tenemos.* Los Señores de la Audiencia no pudieron contener la risa, y tomándolo á bufonada, ó simpleza, los dieron por libres, y que se bolviesen á su Aldéa.

Fue con demasía lo que se celebró esto chiste, y pronto, prometió el tio Bermejo un dicho muy agudo, christiano, que podrá servir de gran doctrina para aquellos, que confiados en sus buenas obras, se juzgan Secretarios de Dios, y se prometen, que solo por ellas pueden ser salvos, sin atender á los merecimientos de Jesu-Christo, sin los quales ninguno se puede salvar, comunicandosenos por ellos la gracia.

Fue Cosme de Medicis, Duque de Florencia, Principe digno del mayor elogio, y como



mo tal le pregonaba el clarín de la fama; pues ninguno se mostró mas atento á la justicia, y pocos le igualaron en la clemencia, y fervor al divino culto. Repartió sumas grandes en esplendidas limosnas, y fábricas de Templos, y Monasterios, que consagró á la Emperatriz de los Cielos Maria Santisima, con los muchos Hospitales, y Obras pías, y consiguiendo, que en sus Dominios no se viese pobre sin socorro. Los Aulicos le censuraban estas heroicas, y piadosas obras, y no menos su christiana liberalidad, y esplendidez por superflua. Llególo á entender, y el cathólico Principe usó de una aguda traza en desquite de lo que le murmuraban. Uno de estos que así le censuraban acertó á entrar donde estaba el Principe, en ocasión que le halló papeleando, ó registrando papeles. Preguntóle: *En que se divierte V. A.* A que respondió el Duque con sabia christiandad: *Estoy reconociendo en estas quantas, si entre los muchos que me deben encuentro alguna partida en que me deba Dios; y en verdad, que*

*aun habiendo gastado lo que se me pondera por mucho en su servicio, todavia son grandes los alcances que me hace, y suple su Bondad infinita.* O Principe cathólico, digno, vuelvo á decir del mayor elogio!

Edificó mucho á los Tertulios este ejemplo de humilde reconocimiento en Principe tan soberano; y como havian quedado así conmovidos, dijeron al Hermano Casimiro (que aun permanecía á la limosna de los borregos) que contase algun otro ejemplo chistoso de aquel Fr. Junipero, de quien les contó el cuento de los Angelitos. El Hermano Casimiro les dijo, que sí haria; pues hacia memoria de un chiste muy gracioso sobre la obediencia, y humildad de este buen varón de Dios.

Éra tan caritativo, que muchas veces, no teniendo que dar á los pobres, se desnudaba de su ropa por vestirlos, y se venia al Convento una vez sin capa, otra sin saya, y otra en paños menores. Esto obligó á prohibirselo por obediencia, porque no havia ropa para el, y el Ropero se quejaba continuamente.



mente al Guardian, diciéndole, que mas le daba que hacer el Hermano Fr. Junipero, que toda la comunidad. Acontecióle despues que le intimaron este precepto, haver de salir de casa; y habiendo llegado un pobre desnudo á pedirle el manto, le dijo: *Hermano, perdona, que yo no te lo puedo dar, porque me lo ha prohibido el Guardian; pero si tu me lo quitas, yo no estoy obligado á defenderte, porque el Prelado no me mandó que me resistiera.* Con eso el pobre le quitó el habito, y habiendo llegado al Convento desnudo, se enfureció el Guardian contra él; y le dijo: *Qué has hecho tonto? El Habito habeis dado?* Y respondió Fr. Junipero: *Guarda, Hermano Guardian, eso no, ni lo daria por quanto tiene el mundo, havien dome tu mandado, que no lo diese.* Pues, bestia, cómo venís sin él? qué lo haveis hecho? Yó te lo diré, respondió; pero Hermano Guardian no te enojas por Dios. *Un pobre me lo pidió, y diciendole, que yo no se lo podia dar, el me desnudó, y se lo llevó. Allá se lo haya, que yo bien cierto es, que nunca se lo*

*hubiera dado.* Entonces dijo el Prelado: *Pues, barbaro, por qué no te defendías?* Y Respondió: *Porque tu no me lo mandaste, y porque el pobre era tan piadoso, que no me hacia mal ninguno, antes me lo quitó con mucho cariño, y paz; y sobre todo, un pobrecillo muy desdichado.* El Guardian no tuvo mas que dejarle, y irse edificado de su sencillez; y caridad. Mas lo ponderable es, que el Hermano Fr. Junipero extrañaba mucho, que le riñesen por estas cosas, pareciendo á su ignorante sencillez, que era obligacion ejecutarlas.

Mucho se celebró la sencillez, y caridad de Fr. Junipero, y no menos el chiste, y gracia con que lo contaba el Hermano Casimiro, pues tenia gracia para ello. A esto saltó el Hidalgo Benavides, dijo: *Vamos con otros chistes de otro jaéz, que bastan los dos para edificacion, y doctrina.*

Cayó enfermó un cierto Caballero rico en Madrid de enfermedad de hydropesía: asistiale un medico porfiado, de aquellos, que aunque la do-

len-



lencia su acabe, adelantan la cura. Dabale por cada visita un escudo, y al cebo de tan buena propina jamás se acertaba à despedir, siendo así, que yá la enfermedad havia cedido, y se hallaba el Caballero bueno. Viendo este, que el Medico proseguia, y porfiaba en visitarle, una mañana, antes que viniese, le cogió la buelta, y se fue à la Iglesia. Como el Medico viniese à visitarle à la hora acostumbrada, y le dijese, que havia salido, empezó con mil exclamaciones à decir: *Jesus, qué disparate! Qué grande locura ha hecho su Señoría! Sin duda nos dará ahora mas que hacer que lo pasado.* Bolvióse à los criados, y les preguntó: Ustedes sabrán ácia donde tiró, que me es preciso pasar à buscarle, y hacerle, que se retire, y recoja. Uno de los criados le dijo como havia ido à Misa à la Iglesia del Carmen, que alli sin duda le hallaría. Fuese el codicioso Medico sin detener al Carmen; y entrando en la Iglesia, registró todas las Capillas. El buen Caballero estaba retirado en el rincon de una de ellas encomendandose à Dios, y dan-

dole gracias de haverle sacado de su hydropica en enfermedad; quando avistandole el Medico, se fue para él, y le dijo: *Cómo Usía ha hecho tan grande exceso, saliendo de casa sin mi licencia? Usía se quiere muy mal, parece intenta echar á perder lo que hasta aqui llevamos ganado.* El buen Caballero, que entendió lo que buscaba, y viendo, que yá no le havia de menester, se empezó á persignar, y á decir: *Jesus, Jesus, que mosca de asno!* Echó mano al bolsillo, y sacando un escudo, se le dió, diciendole: *Tome, señor Dotor, que á fé de quien soy, que para con Vm. no me ha de valer sagrado. Vayase con once mil diablos, y yo no le vea jamás hasta que le llame, ó le busque, que yo yá no estoy hydropico: cure su bolsa, que esa es la que padece hydropesía.* Quedó el Caballero bastante enfadado, y decia entre sí: Bien dicen, que el Medico tiene tres caras, una de hombre, otra de Angel, y otra de diablo. Tiene cara de hombre quando le vemos, y no le havemos menester; de Angel quando de él tenemos necesidad; y de diablo quando

D

se



se acabará un tiempo la enfermedad, y la bolsa, y él por su interés persevera, y porfia en visitar.

Cayó muy en gracia el chiste del importuno Medico, y el tio Mauro Pallejero, que hasta allí no havia hablado palabra, salió con un chiste muy gracioso, que tambien tenia gracia para contarlos.

Caminaban bien aunados quatro Estudiantones tunos, de aquellos que caminan sin destino, mas que el que les dá por la mañana el ayre. Eran picarones de raza, y comian, y bebían alegremente à costa de su industria. Llegaron à avistar un Lugar de Campos, de quien havian sabido en otra Aldéa inmediata, como sus naturales eran muy dados à buscar minas, y tesoros, estando en la persuasion, que aquel Lugar havia sido habitado muchos años de Moros, en cuyo distrito havian dejado muchos tesoros escondidos. Yá muy cerca del Lugar, hicieron rancho, y sacando de sus zurronecillos algunos mendrugos, y tal qual fiambre que les havian dado, comenzaron con buenas ganas à bolverlos à moler con sus mae-

las. Estaban sentados al arri-mo de una peña unica, que se registraba en toda aquella basta campiña, quando à uno de ellos se le ocurrió un disparate muy solemne, para poder engañar à los tontos de aquel Lugar. Comenzó con un clavo à escribir sobre la peña unas letras, ó caractéres totalmente incognitos, que ni aun ellos entendían. Dijoles à los compañeros la idéa, que les agradó por extremo, y luego con bastante trabajo procuraron dar buelta à la peña, y escribir de bajo de ella otra inscripcion con letra clara, é inteligible, por lo que intentaban hacer mas graciosa la burla. Hecha la inscripcion, bolvieron à poner la peña del mismo modo que antes estaba. Fueronse para el Lugar, y luego que entraron los rodearon algunos naturales, deseosos de saber de ellos algunas novedades. Preguntaronles de dónde venían? Y ellos respondieron, que de Salamanca de concluir el Curso, y pasaban à Roma en peregrinacion, y por ver si allí podían hacer fortuna. Prosiguió la conversacion, y en unas en otras, como los del Lugar eran dados à minas, luego los metieron en el

asun



asunto. Uno de ellos, que se tenía por el mas capataz, y sabio en las Historias antiguas, preguntó cómo se llamaba aquel Lugar? Dijeronle, llamase tal N. O! hizo entonces el picaron del Estudiante una grande exclamacion. No saben ustedes que Lugar es este. Es Lugar muy antiguo, de grandes preeminencias, y antigüedades. Este gran Lugar estuvo por muchos años dominado de los Moros de Granada, habiendo sido gobernado, y defendido valerosamente en tiempo de los Reyes Cathólicos del esforzado Moro Abei-Mahomet; pero por ultimo fueron vencidos, expelidos de aqui por estos Cathólicos Principes. Era Lugar muy rico, y abundante, que ahora no es él ni su figura, y à mi ver, y segun tengo leído, aqui dejaron los Moros mucho tesoro escondido; porque la intrepidéz con que los echaron no los dió lugar à llevárselo. Uno de los del Lugar, de los que se tenía por mas sabiondos, les dijo: Señores Estudiantes hasta ahí yá estabamos nosotros; porque lo mismo poco mas ó menos haviamos oído à algunos

pasajeros; y por ese motivo nosotros somos dados à buscar algunas minas, sabidores, que algunos de este Lugar los hemos visto de la noche à la mañana riquisimos, no atribuyendolo à otra cosa, que à haver encontrado algunos tesoros de los muchos que aqui escondieron los Moros. Qué duda tiene, dijo el picaron del Estudiante, que tienen ustedes en los circuitos de este Lugar un Potosí oculto. No hay aqui, dijo el truhan, una peña, que la llaman, la llaman... valgate Dios por memoria. Al punto saltaron todos diciendo: Esa es la *Peña Pelada*. Si señores, esa es, esa es. Pues han de saber ustedes, que en el Archivo de Simancas encontré dias há un papel que habla, y bien, de este Lugar, y hace ralacion de esa Peña, por unas inscripciones que en ella se descubren; y aun dice mas, que no deja de ser de provecho, y utilidad grande. Con estas preñadas palabras les dejó à aquellos pobres tontos cabilosos, y muy persuadidos, que alli, ó cerca de alli havria algun tesoro. Desde entonces no sabian que hacerse con los



tunos los del Lugar, pues todos à porfia andaban por llevarlos à sus casas. Ello así fue, que cortejandolos, y agasajandolos en grande manera, no desistían importunos de saber de ellos el mysterio, segun lo que ellos imaginaban. Dabanles cordel los Estudiantes, y dejabanse regalar potentemente de aquellos tontos, hasta que yá una mañana, llamandoles aparte, y con mucho recato, y sigilo, les dijeron: Señores, agradecidos al buen hospedage que ustedes nos han hecho, no correspondieramos honrados si no les pagásemos el beneficio. Vemos, que ustedes desean saber de nosotros la utilidades grandes que de la Peña Pelada les puede sobrevenir: á lo qual digo, que segun lo que leí en el Archivo de Simancas, ha de haver muy inmediato á dicha Peña un abundantísimo tesoro, y esto lo fundo en la misma inscripcion que en la peña se contiene, que aunque en letra Arabiga, da á entender haver alli una mina quantiosa: por quanto, señores, vamosos, como paseando ácia allá, donde la podemos regis-

trar, y ver si lo que se refiere es cierto. Caminaron al sitio, y registrando la peña, divisaron à un lado de ella algunos caractéres, que examinados por los tunos, les dijeron, que era inscripcion Arabiga, y difícil de entender; pero que tuviesen paciencia, que todo lo haria el estudio, y buena inteligencia, de que ellos entendian muy bien. Anduvieron conuinando letras con mucha vigilancia, y haciendo imponderable el trabajo de su traduccion: por lo que pasados aquellos pobres hombres admiraban su ciencia, y se compadecian de que mozos tan sabios no fuesen premiados con grandes Dignidades. Por ultimo sacaron en limpio, y traducido en nuestro idioma esta lectura: *El que esta mole moviere ballará mucha riqueza si quiere.* El gozo que les sobrevino à los naturales fue tan grande, que no hay palabras para ponderarlo. Pues, señores, dijo uno de los Estudiantes, el caso está justificado: el recato, y secreto preciso; por quanto esta noche à deshora podrán ustedes venir, y levantar la piedra con  
al



algunas estacas, asegurando-les del hecho, que al bolverla, segun hago memoria de la inscripcion de Simancas; encontrarán otra, que les certificará del hallazgo, que conforme leí, está en nuestro idioma, y ustedes bien podrán entender. Con esto protextaron los Estudiantes proseguir su camino aquel dia, fingiendo, que otros compañeros los esperaban precisamente en un Lugar alli inmediato; y dándoles gracias de los muchos favores que havian recibido de su liberalidad, pues creo les dieron algunos dineros, y las mochilas bien compuestas, se marcharon riendose de aquellos tontos. Llegó la noche, que por minutos la esperaban los dichos simples: fueron con sus estacas, y candiles al lugar de la Peña: empezaron á moverla, y yá dada vuelta, hallaron la inscripcion que les havian dicho; y sin pararse á leer, preocupados del gozo, comenaron unos á otros á darse el parabien del hallazgo. Fueron á leer lo rotulado, y leyeron de esta manera: *Otros babos vendrán, que otra vuelta*

*me darán.* No es posible explicar la suspension, y sonrojo que cogió á estos necios hombres, viendose tan burlados de los Estudiantes; y así, sin hablar palabra, corridos, y tristes, se bolvieron al Lugar cargados con sus estacas, barras, hazadones, y candiles hechos unos mandrias.

Aplaudieron mucho la burla de los tunos los Tertulios, y no fue menos aplaudido el gracejo, y chiste con que le contó el tió Mauro Pellejero. Picóse alguna cosa el tió Bermejo, y se ofreció á contar dos cuentos graciosos que fueron los siguientes.

Havia, ó andaba un loco en Sevilla de raras invenciones: dió en una ocasion en decir, que él era el Redentor del mundo, que venia á salvar á las gentes. Andaba con una vara, y en ella formada una Cruz. Subiase á los parages altos, y desde alli predicaba á los hombres, en que aunque loco, (como dicen) decia las verdades; pues reprehendia muchos vicios, que actualmente eran muy comunes en aquella Ciudad. De ordinario andaba muy roto, y des-



desfarrapado, enseñando las carnes. Un chungon se llegó á él, y le dijo: Por cierto, que reparo en tí una cosa, que desdice de lo que te llamas. El loco le replicó: Vaya, dí bufon de corrillo, que será alguna bachilleria como tuya: qué has reparado en mí, que desdiga de lo que soy? A que respondió el chungon: Reparo, que siendo tu el Salvador del mundo, y el Hijo del Eterno Padre andes tan andrajoso, y roto, que nos dá motivos á creer, que no eres lo que tu dices. No dije yo bien, replicó el loco, no dije yo bien, que havia de salir con alguna bachilleria! Todo eso has discurrido tonto? le dijo. Ven acá, qué admiracion te causa el que yo ande roto, y andrajoso? Si tu supieras la Doctrina Christiana no te causára novedad el verme roto: pues majadero, no sabes, *que como somos tres rompemos mucho*? Fue dicho que se celebró mucho en la Ciudad de Sevilla; y no fue poco celebrado de todos los Tetuliantes.

En el Lugar de Zerzedilla de la Sierra sucedió el cuento siguiente. En este lugar rico, y

de bastantes conveniencias siempre se havian pasado con un Cirujano, y solo en las urgentes necesidades llamaban Medico de la Comarca, al que le pagaban su visita, y no tenían esta carga de Medico; pero como nunca falta la vanidad en ninguna parte, pensaron en traer Medico de asiento, y para esto se llamó un Ayuntamiento para de terminarlo, y con efecto estando en este se hizo la proposicion por el Procurador de que era vergozoso que en una Villa convastantes conveniencias se anduviese llamando Medico, teniendolo otras mas pobres, con que saltó un viejo del Lugar que le llamaban el tio Juanico, y les dijo: No se metan Vms. en cargar esa gavela al Pueblo; pues se ve patentemente los muchos viejos, y viejas que somos en el lugar con solo el Cirujano, y nuestros remedios caseros, y si se llama Medico en poco tiempo nos ha de apurar, y ha de cercenar las vidas de modo, que nos pese el haverlo traído, sin embargo de esta razon, y otras que se le ofrecieron no pudo persuadirlos, y determinaron el que se llamase, haciendole buen parti-



tido para traer el mejor; viendo el tio Juanico que no los podia convencer dijo se conformaba en que le trajeran pero que havia de ser permitiendole al recibirle en el Ayuntamiento el hacerle tres preguntas, para que se desengañasen de lo que eran los Medicos, á lo que se convinieron, y con efecto pusieron sus Edictos, ofreciendo buen Partido, con lo que concurrieron varios Medicos en casa del Procurador de la Villa, y haviendo echo este su averiguacion, é informeme del que mejor le pareció le dijo que á otro dia se llamaria á Ayuntamiento, y que se le recibiria, pero que havia un tio Juanico en el Pueblo, que se oponia á esto, y que le havian dado palabra, que al recibirle que le havia de hacer tres preguntas, y que sin embargo de que no era lerdo que no era hombre que pudiera con sus razones persuadir la determinacion de un Pueblo, á lo que respondió el Medico riendose, no me hace fuerza todo eso, porque gracias á Dios estoy graduado en Alcalá, soy hombre practico, y con dos razones dejaré atortolado al tal

tio Juanico, de modo que no tenga que responderme; quedaron conformes en esto, y á otro dia se llamó al Ayuntamiento, concurrió el Medico, y el Procurador hizo presente que era el sujeto mas útil que que se podia traer al Pueblo, y dijeron al tio Juanico que dijese, y preguntase al Medico lo que havia dicho, y levantandose de su asiento, le dijo: Señor Dotor, yo no soy de opinion que haya Medico en este Lugar; pero sin embargo, como Vm. me responda á tres preguntas que le haga, desde luego será mi voto el primero para que se quede en este Pueblo; el Medico lleno de satisfaccion, le respondió al tio Juanico preguntase lo que gustare; pues Señor, la primera es esta: Dígame Vm. Señor Dotor, que es lo que hay metido en aquella arca que Vm. ve allí? El medico respondió que era bien rara la pregunta, y poquisimo del caso para el acto presente, y que como havia de saber él lo que havia en ella, sino lo havia visto meter, ni tenia especies de lo que pudiera haver en ella el tio Juanico le respondió que era muy del caso la pregunta, y que



la misma ignorancia que tenia de no saber lo que havia dentro del arca, tendria en saber lo que havia dentro de los cuerpos, y que solo curaria en la forma que ellos se havian curado hasta entonces; pues solo havia sido con la razon de lo que decia el enfermo, y no havian tenido la gavela de Dotor; continuó el tio Juanico, y le dijo de esta ha salido Vm. muy mal, veremos si desempeña Vm. la segunda: Digame Vm. Señor Dotor, hoy somos en este Pueblo tanto numero de viejos y viejas, Vm. por de contado viene á conservar la salud pública, qué aumento de viejos y viejas podra Vm. hacer en diez años? el Medico le respondió que eso era reserva lo á Dios y que él pondria sus Medios para aumentarlos, pero que como havia constituir él obligacion del aumento, que podria hacer en diez años de viejos, y viejas; el tio Juanico le respondió mal ha salido Vm. de la segunda pregunta, pues en esa confianza con Dios hemos vivido, y viviremos en este Pueblo, y si á Vm. se le recibe sabe Dios, no digo yo á los diez años pero á los cinco puede ser que haya

Vm. matado á la mitad del lugar; pero vamos á la tercera, que adonde no piensa el galgo salta la liebre, y puede ser, que la desempeñe: Digame Vm. Señor Dotor cura Vm. la ultima enfermedad ó la conoce Vm. qual es, no sea que además de matarnos tengamos que morir sin los Santos Sacramentos y abintestatos? El Medico, que havia de atortolar al tio Juanico se halló él atorrolado en ver no tenia que responderle á semejantes preguntas, y aburrido, y desesperado cogió el paso, y se fué: Los del Ayuntamiento celebraron mucho las aprensiones, y agudeza del tio Juanico, las que les hizo mucha fuerza, y determinaron pasarse sin Medico como lo havian hecho. Se celebraron los dos cuentos en la concina de Anton Terrones; pues echandose de risa por los suelos, fue causa de concluirse la Tertulia, y cada uno marcharse á su casa, aplaudiendo la Historia estraña, y tierna de San Clemente, las disparatadas aventuras de Don Quijote, y los graciosos chirres, y cuentos de aquella noche.

**F I N.**

Ayuntamiento de Madrid

